

EL INDISCRETO

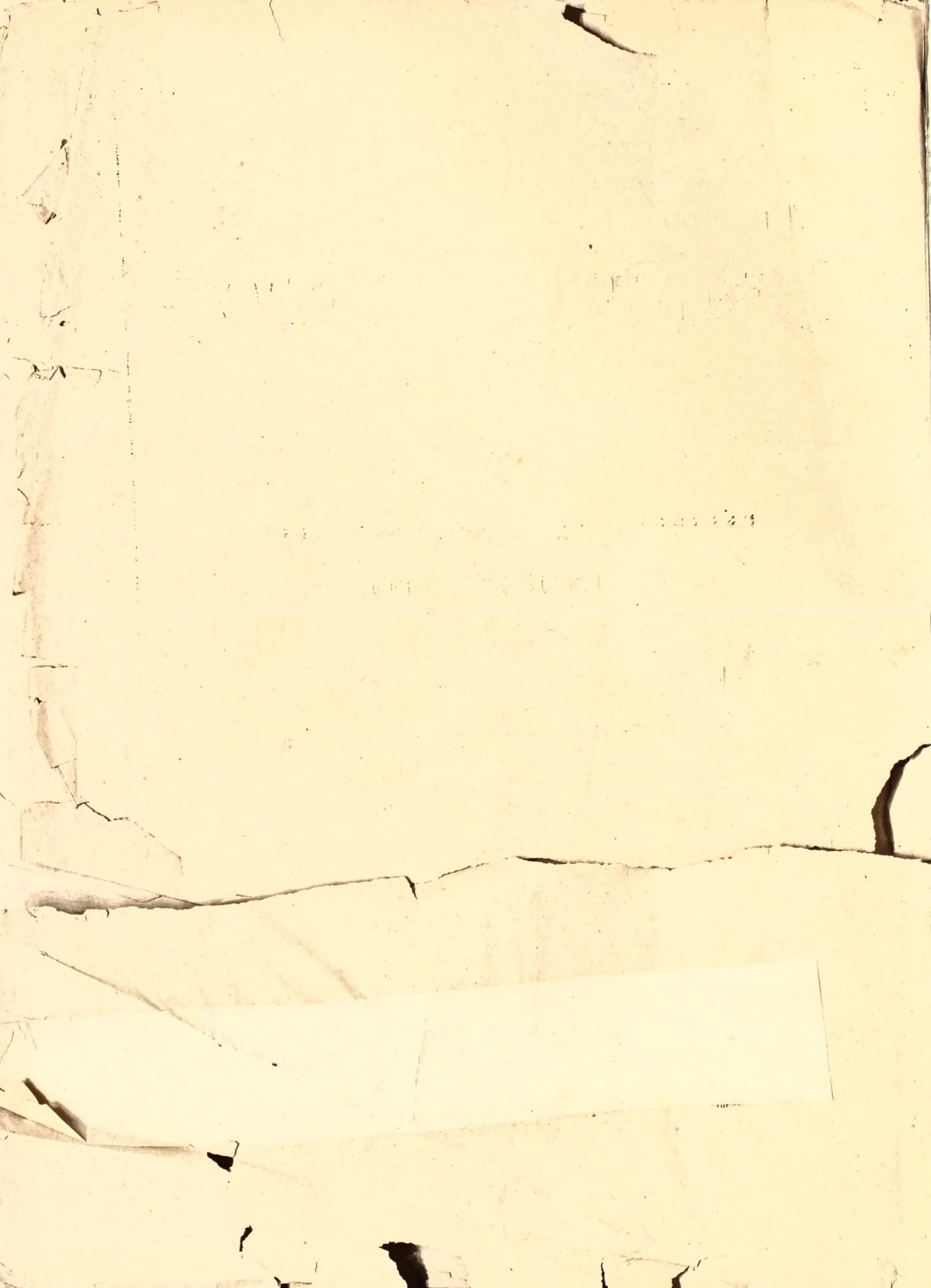
PERIODICO SEMANAL ILUSTRADO

AÑO I - TOMO I

MONTEVIDEO

terciopelo
bordas y encajes.

de rumbo.
ros llegaron



"Paris—dicen los que le miran sobre el mapa geográfico—es el vergel del mundo, el resumen de la civilización moderna, el centro de los amores, el emporio de los placeres!... Allí hay animación, vida, movimiento, belleza, juventud!"

Y el príncipe ruso, cargado de rublos y de ilusiones, el opulento lord, el grave madgiar, el conde italiano, el suntuoso yankee y el pobre estudiante de provincia, vienen á Paris ansiosos de apurar hasta las heces el soñado cáliz de indefinibles goces.

¡Pobres ilusos!

No hallaréis sino la desesperación del alma y el vacío del bolsillo.

Porque en el centro de este vergel de tan risueño aspecto crecen flores cuyo perfume envenena.

Porque en la fulgida corona de esta reina de la civilización, hay manchas de lodo que empañan el brillo de sus perlas.

Porque sobre las áras de este inmenso templo consagrado al dios de los sibaritas, se alza una divinidad llamada Becerro de oro, cuyas numerosas é indolentes sacerdotizas reciben las ofrendas de los nécios, dándoles en cambio, por número de órden, temporal alojamiento, no en su corazón, sino en el sitio donde algún día tuvieron esta viscera.

Porque los pliegues del manto de púrpura de esta imperial matrona que baña sus piés en las aguas del Sena, están roídos por repugnantes orugas que se convierten en *pindabus* mariposas, cuyos colores deslumbran á los incautos.

Y esas flores, esas manchas de lodo, esas impúdicas sacerdotizas, esas orugas de enganosa apariencia, no tienen sino un solo y único nombre: las cortesanas.

Ménfis, Babilonia, Cartago, Atenas, Roma, Venecia, todos esos antiguos centros de civilización que el soplo de los siglos ha convertido en ruinas ó cadáveres inanimados; todas esas grandes ciudades donde el refinamiento de las costumbres llegó al último límite, y donde cada pasión estaba simbolizada por una divinidad, tuvieron tambien sus cortesanas; pero aquellas mujeres impuras conservaban, aun en medio del vicio, un alma grande como las esfinges, como los monolitos, como los crímenes de los pueblos en que vivían. La cortesana de Paris, resumen de todas las abyecciones, no conserva nada, ni siquiera el amor propio de la mujer.

¡Escupidlas el rostro! ¿qué importa? con tal que la deis para limpiarse un pañuelo de batista que valga cien francos, la cortesana parisiense recibirá el insulto sonriendo, sin que se contraiga ni un músculo de su helada fisonomía.

Armazones de trapos y de ballenas; reinas de carton pintado colocadas momentáneamente en el trono de la moda; rápidas exalaciones cuyo brillo se apaga... en las camillas del Hotel-Dieu ó sobre las frias losas de la Morgue, las cortesanas de Paris nos producen el mismo efecto que nos produciría la vista de una calavera cubierta de láminas de oro.

Que el lector nos perdone esta digresión, escapada involuntariamente de nuestra pluma al recordar la historia del idiota Carlos.

II

Carlos es hijo de una pobre familia de Orleans.

Hace seis años vino á Paris á estudiar la ciencia de Hipócrates, á cuyo efecto ingresó en el colegio de medicina.

En los dos primeros meses Carlos no pensó mas que en sus femures y en sus tibias y en escribir á su madre largas epístolas en sus ratos desocupados y en dar sendos paseos por los jardines del Luxemburgo.

Apénas conocía mas calles de Paris que las que atravesaba diariamente para ir al Colegio, desde su modesta habitación sita en la de San Sulpicio.

Y con los ciento cincuenta francos mensuales que le pasaba su familia, con sus autores, su colección osteológica y su levita nueva hecha por el mejor sastre de Orleans, se ejercía en su humilde tugurio, sino el mas feliz de los hombres, á lo menos el mas dichoso de los estudiantes parisienses.

Pero Carlos tenía un vicio, un vicio por cierto bien ino-

cente para un muchacho de su edad:— amaba las flores como una andaluza.

Al segundo año de estar en Paris, extendió sus paseos á todos los jardines públicos, y los días de fiesta gastaba las economías de la semana en coronar de lilas y de pensamientos el mármol de su chimenea.

Un ramillete era tan indispensable en su cuarto, como una botella de Jerez y un tarro de mostaza sobre la mesa de un hijo de Albion.

El que le hubiera visto entonces aspirar con delicia— y con el mismo cuidado que una madre besa la rosada boca de su hijo dormido—el cáliz de los jazmines y de los claveles colocados en frente de sus libracos, de seguro no habría podido adivinar que tras esa pasión digna del alma de una virgen, se ocultaba el abismo de su desventura.

III

Era una hermosa mañana del mes de mayo de 1856.

Las flores del cuarto de Carlos inclinaban su marchita frente sobre el vaso de tierra que las contenía.

El estudiante las contemplanaba con tristeza.

—No hay remedio, es preciso reemplazarlas!— se dijo cojiéndolas en manojo.

Y abrió la ventana y las arrojó al patio, no sin haberlas olido por última vez.

Luego acabó de vestirse, tomó el ómnibus del Odeon que pasaba por su puerta, y veinte minutos despues se apeó en el Boulevard de los italianos.

Desde allí siguió á pié hasta la Magdalena, y hétele en el primer mercado de flores de Paris.

Carlos arrojó un grito de alegría

Aquella era la primera vez que penetraba en el inmenso triángulo consagrado á la diosa de la primavera.

Sus narices se dilataron, aspiró con deleite la embalsamada brisa de aquel Eden en miniatura, y corrió, mejor dicho, voló de puesto en puesto como una verdadera mariposa sin saber donde pararse.

Delante de una de aquellas barracas de lona, tiendas improvisadas á cuyo abrigo dan al aire su delicado perfume desde la humilde violeta hasta la altiva azucena, habia en el suelo una larga hilera de macetitas con magníficos heliotropos.

Carlos se detuvo fascinado:— ésta era su flor favorita.

—¿Cuanto quiera usted por esa maceta?—preguntó el estudiante puesto en cuclillas y acariciando uno de aquellos tiestos.

—¡Seis francos!—respondió una voz de mujer, fresca y sonora como la de una niña.

El estudiante alzó la cabeza.

Hasta entonces no habia reparado en la vendedora.

¿Qué pasó en aquel momento en el alma de Carlos?

Él mismo no lo sabia.

Macetas, flores, perfumes, todo desapareció de ante sus atónitos ojos como por encanto.

Una sola cosa veía tras el toscó mostrador de la barraca:—el óvalo perfecto de un rostro de ángel, encuadrado en las humanas trenzas de una bellísima cabellera rúbia. Aquel rostro pertenecía á la vendedora.

—He dicho á usted que seis francos!—repitió la misma voz viendo que el estudiante continuaba mudo y con la boca abierta.—No es caro, respondió Carlos maquinalmente.

Y sacó su portamonedas del bolsillo.

En seguida cogió el tiesto de eliotropos, á los cuales habia puesto ya la jóven una montera de papel, entregó los seis francos, y se alejó volviendo la cabeza repetidas veces.

Desde entonces el mercado de flores de la Magdalena no tuvo un parroquiano mas asiduo que el estudiante.

Pero el alumno de Hipócrates ya no gastaba únicamente las economías de la semana en las aromáticas hijas de Flora; el infeliz sacrificaba muchos días el valor de su comida por tener un pretexto para cambiar cuatro palabras con la hermosa ramilleteira.

A fuerza de comprar eliotropos— En los cuales encontraba ahora un doble perfume— Carlos llegó á amar á aquella mujer con todo el fuego de sus veinticuatro años.

Sus pensamientos cambiaron de rumbo.

Y las áridas teorías de sus libros llegaron á parecerle altas y saporíferas.

Y, pobre loco, apénas concluían sus horas de cátedra corria desolado desde el barrio latino á la Magdalena para estacionarse frente á la reina de las flores, como él la llamaba.

La ramilleteira escuchaba siempre con la sonrisa en los lábios las palabras de amor del estudiante.

—Alina—le decia Carlos una tarde—no se burle usted de mí; esa glacial sonrisa me hace daño! La amo á usted con todas las veras de mi alma, y...

—¡Mire usted que camelia tan bonita! ¡Cómprela usted!...

—Que seria para mí el colmo de la ventura...

—¿Le gustan á usted los lirios?

—Llegar á merecerle un pensamiento...

—Los tengo hoy muy lindos, ¿quiere usted un ramillete?... ¡Dos francos y se los doy á usted!

Carlos se desesperaba.

La reina de las flores le miraba sonriendo.

Y aquellas miradas y aquella sonrisa acabaron de enloquecerle.

—Escuche usted, Alina, repuso el estudiante con el fuego del delirio,—voy á hacerle una proposición; pero prométame usted contestarme con seriedad.

—Se lo prometo si la cosa no es risible.

—¿Quiere usted casarse conmigo?

—¿Un marido?... eso seria gracioso! Pero ¿quién es usted para hacerme semejante proposición?... ¿cómo se llama?

—Me llamo Carlos Delille, soy estudiante de medicina y...

La reina de las flores lanzó una carcajada homérica.

—Amigo mio, le dijo, cuando tenga usted las borlas de doctor y sea médico de cámara, dése por acá una vuelta y hablaremos.

Y le volvió la espalda, y salió de la tienda dirigiéndose á la de otra vendedora.

Carlos permaneció aterrado

—¿Quién era aquella mujer?

El infeliz estudiante no lo sabia, pero iba á saberlo muy pronto.

Herido en el alma, abandonó el mercado de flores de la Magdalena, con propósito firme de no volver á visitarle.

IV

Quince días despues— quince días que fueron otros tantos siglos de martirio para el pobre Carlos— salió á dar un paseo hácia los Campos Eliseos, porque el aire de su cuarto le ahogaba.

Al llegar á la Plaza de la Concordia, vió desembocar por la calle de Rivole una carretela que arrastraban la galope cuatro caballos normandos.

Reclinada indolentemente en los cogines de terciopelo grana, iba una mujer cubierta de blondas y encajes.

Aquella mujer era Alina, la reina de las flores.

Carlos abrió unos ojos tamaños, y tuvo que apoyarse en el pilar de un reverbero para no caer.

La vision desapareció en la avenida de los Campos Eliseos.

Pero el estudiante quiso convencerse de que no soñaba y pasó la tarde apostado en el Arco de la Estrella.

A las seis volvió á pasar la carretela; un hombre acompañaba entonces á la soberana de aquel trono ambulante.

Carlos, preso de un vértigo de insensatos celos, quiso abalanzarse á la carretela. Pero los caballos iban siempre al galope y se perdieron entre una nube de carruajes.

—¿Conoce usted á esa señora del sombrero azul que acaba de pasar? preguntó á uno de los curiosos que estaban á su lado entretenidos en mirar á la gente que volvia del Bosque.

—Sin duda, caballero. ¿Quién no la conoce en Paris? Es Alina la cortesana. El que va á su lado es lord W...., un loco, un magnate inglés que acaba de gastarse cuatro mil libras esterlinas en amueblarle su nuevo alojamiento.

Pero esa mujer ¿no vendia flores en el mercado de la Magdalena?

—Precisamente: hace quince días.

—¿Entonces?...

—¡Cómo! continuó el interlocutor. ¿No sabe usted que las flores son en Paris el mejor reclamo de las bellezas en *disponibilité*?

—De manera que esa mujer...

—Aprovechaba un interregno en vender ramilletes de lilas, y en tender una red perfumada al corazón de los incautos.

La reina de las flores se convirtió en la más grosera amapola.

Cárlos arrancó del altar de su corazón aquel ídolo de barro; pero este esfuerzo supremo le costó una enfermedad de tres meses.

El estudiante perdió el curso, y con él se perdieron los sacrificios de su pobre familia.

Al año siguiente se propuso desquitar el tiempo que le habían robado sus pasadas locuras y su pasada afición a las flores.

Ningún estudiante era más exacto que él a las horas de clase, ninguno escuchaba con más atención las explicaciones de los catedráticos, y ninguno le igualaba como director en las mesas del anfiteatro.

Nadie volvió a verlo en los jardines públicos: y si por casualidad encontra en la calle una vedadora de flores, cruzaba a la acera opuesta, como si viese una vivora en su camino.

La hoguera de su corazón se había apagado, ó, por lo menos, dormía bajo las cenizas del olvido.

V

Un día frío y nebuloso del mes de Diciembre, Cárlos, que aquella mañana había dormido más de lo de costumbre, entró en el colegio apresuradamente.

La clase de disección estaba ya empezada.

Cárlos tomó su estuche de escalpelos y se dirigió al anfiteatro.

Sus compañeros trabajaban ya en torno de las mesas de mármol.

Nuestro estudiante fué corriendo a la sección de que era jefe.

—Señor

perezoso,—le dijo el catedrático sonriendo— hoy que tenemos un magnífico estudio llega usted precisamente con media hora de retraso. ¡Cuidado con empezar el sistema de novillos del año anterior!

El recuerdo de sus pasadas faltas hizo palidecer al estudiante.

—Dispéñeme usted—respondió—ha sido bien á pesar mio. No he podido dormir en toda la noche...

—Ya! y por la mañana se le pegaron á usted las sábanas, es natural!... vaya usted á empezar sus explicaciones, que sus compañeros le están ya esperando.

Cárlos se dirigió á su mesa, alrededor de la cual había una docena de estudiantes.

—Buenos días, señores,—les dijo.

—Creíamos que ya no venias,—contestó uno de ellos

—¿Has estado malo?

—No.

—Ven Cárlos,—añadió otro—mira que hermoso estudio tenemos hoy.

—Eso me ha dicho el catedrático.

Y Cárlos se aproximó á la mesa.

Tendido sobre el mármol se hallaba el cadáver de una mujer que sin duda había sido recogida en el Sena, puesto que su piel estaba lívida como la hoja de un lirio.

Su rostro, medio oculto entre los húmedos mechones de cabellos rubios, indicaba que aquella existencia se había apagado en la primavera de la vida.

El estudiante examinó el cadáver con todo el interés de un buen anatómico.

—Démosle vuelta para trabajar en los músculos de la espalda, dijo á sus compañeros.

Y con el mango de su escalpelo separó maquinalmente los mechones que la cubrían el rostro...

El jefe de sección arrojó entonces un grito y dió un salto hácia atrás como si hubiera pisado una serpiente.

Y pálido, tembloroso, con las manos extendidas, como si tratase de rechazar una visión horrible, y las facciones desencajadas por el espanto, exclamó repetidas veces:

—Es ella!... Es ella!... Es ella!...

Y cayó desvanecido sobre las baldosas del anfiteatro.

VI

Hoy la paz reina en el corazón de Cárlos, pero es la paz del idiotismo.

A veces se escapa del seno de su pobre familia, para la cual es un mueble inútil, y viene á Paris á pasearse por el mercado de flores de la Magdalena y por entre los carruages que hormigean en la Avenida de los Campos Eliseos.

Hace ocho días, dos agentes de seguridad pública llevaban por vagabundo, á un pobre diablo á la prevención.

A la puerta del violon, como llaman en Paris á las casillas de policía, se había formado un grupo de curiosos.

—Caballero,—decía el vagabundo con la gravedad de la estupidez, á uno de los espectadores—le aconsejo á usted que no compre flores en Paris.

—Por qué?—preguntó un pilluelo del corrillo.

—Porque debajo de cada ramillete hay un cadáver como el que yo tengo aquí!

Y se llevaba la mano al corazón.

FEDERICO DE LA VEGA.

o o

En el baile

Estaba encantadora cual ninguna
De su cerquillo los dorados hilos
Iluminaban con fulgor de luna
El cielo de sus ojos intranquilos!

Yo contemplaba con afán creciente
A esa niña de cándida sonrisa
Rítmico andar, esplendorosa frente
Y voz como el suspiro de la brisa!

Levantada la espléndida cabeza,
Por mi lado, una vez, fascinadora
Voló, irradiando juventud, belleza...
Era el amor, naciendo de la aurora!

Cuando pasaba junto á mi, sentía
Embriagador perfume de azucenas...
¡Ante ese arcángel del humano día
No saben fascinar ni las sirenas!...

Al verme, se detuvo al lado mio,
Aunque agitada, conversóme suave,
Noté en sus ojos claridad de estío,
Era su voz como el trinar de un ave!

Sentóse presto y con amante anhelo
Sus labios formularon un reproche,
Y me besó con su mirar de cielo
Mas puro que la estrella de la noche!

El vértigo sentí de las alturas,
Mi corazón latió con ánsia extrema...
¡Es el primer amor, en sus locuras,
La más lírica estrofa de un poema!...

Hoy... el ángel aquel de mis amores
Es bien perdido que el recuerdo alcanza...
¡Murió la niña de ojos seductores
Azules como el cielo y la esperanza!...

RICARDO SANCHEZ.

o o

**

En un marco ovalado de alabastro
Vi dos bellas turquesas,
Que aprisionaba un aro entretelado
Con oro, en finas hebras.

Semejando á esos nimbos que en día hermoso
Presagian la tormenta,
Vi alrededor del marco, contrastando,
Una orla casi negra.

Era tu tez el diáfano alabastro;
Tu oscura cabellera
La orla circundante; eran tus ojos
Las azules turquesas.

Al contemplarte así, estremecida
Me dije:—¿también piedra
Será su corazón?... Tu adivinaste
Y cayó de tus ojos una perla.

Ah! exclamé arrepentida.—La montaña,
La pesada cantera,
Es el manto que cubre los volcanes,
Los fuegos de la tierra!

ZULEMA.

o o

NIÑOS DEL DÍA

CUADROS VARIADOS



Me anonada su reproche!...
Sabe que cortejo á Rosa...
¿Cómo arreglaré la cosa?...
—Va!... la convenzo esta noche.



¿Me quieres?—No existe suerte
Para mí sin tu cariño...
—Mira que no soy un niño...
—Tuya, ó primero la muerte!



EL INDIANERO

Los disidencias



Nada hay ya que mi amor tuerza...
Fuera proceder cobarde...
Será mia, aunque sea tarde,
Por la razon ó la fuerza...



Estoy poco satisfecho
Si por dia una conquista
No agrego á la larga lista
Que me dió fama y provecho.



Por esa niña me inflamo
Y en la primera ocasion
Me sobraré corazon
Para probarle que la amo.



Desde el dia que la vi
Mi alma busca compañera.
Exija Vd lo que quiera.
— Pues aléjese de mí.



Me suicido.—No hay medida
Mejor para el que padece...
Ya que mi amor no decrece
Paso á gozar... mejor vida.



Siento una pena mas honda...
El olvido es cruel y triste...
Mujer! mujer!... siempre fuiste
Pérfida como la onda!...

ROSA

(HISTORIA PERUANA)

Escrita en francés por J. Pavie

(Traduccion de H. C. F.)

I

La Andalucía perdería ciertamente mucho de su celebridad y Sevilla no sería ya nombrada la perla del mundo, si los *turistas*, emprendiendo una navegacion de cuatro meses, estendiesen sus escursiones hasta el Perú y visitaran á Lima.

Por cierto que la capital de la República Peruana no es aquella opulenta *ciudad de los reyes* en donde el oro resplandece por todas partes;—pero le quedan dos cosas que no le arrancarán jamás las guerras civiles ni los temblores de tierra: su hermosa posicion en medio de una vasta llanura que se agtiende desde el pié de los Andes hasta el Pacífico y el sin igual esplendor de su clima tropical. A despecho de los sacudimientos de un suelo caprichoso, que ya diez veces ha amenazado destruirlos enteramente, sus hendidos monumentos se conservan aun en pié y parecen decirle al extranjero, que los vé desde lejos surgir entre bosques de naranjos y limoneros:—la belleza de estos lugares vale bien la pena de que se arrostre un lance peligroso.

Como todas las ciudades de la América Española, como todas aquellas en que la dulzura del temperamento atmosférico invita á sus habitantes á tomar el fresco de la tarde, Lima tiene su Plaza Mayor que es el punto ordinario de reunion de los que salen á paseo.—Allí se elevan la

Catedral, que fué por mucho tiempo la mas rica de toda América:—la Casa de Gobierno, edificio informe, y no chinesco, como lo clasifican geógrafos que no le han visto, —y el gran edificio habitado por el Arzobispo.—Dos largas hileras de arqueria completan esta Plaza.—La una, llamada *Portal de Escribanos*, sirve de abrigo á los hombres del foro y escribanos públicos, que allí se estacionan delante de pequeños escritorios de mezquina apariencia.—La otra es el *Portal de Botoneros*, así llamado porque los botoneros y cordoneros tiene allí establecidas sus ruedas y devanaderas. Detrás de ésta linea de individuos ocupados desde la mañana hasta noche en fabricar los ricos bordados que decoran las espaldas de los generales y los enormes galones que brillan en los uniformes de los oficiales, están los almacenes mas frecuentados de la ciudad.—No son espaciosos ni decorados con el lujo que tienen los de los arrabales de Paris: párcense mas bien á las tiendas del zacatín de Granada. Sin embargo halláncese allí sederias de Lion y de la China, telas de Flandes y de Holanda, y sobre todo los lindos zapatos de raso de que las mujeres del Perú hacen un prodigio de consumo. Las señoras de Lima las recorren desde mañana hasta la noche y tienen la habitud de tratar todo lo que hallan, aunque la mayoría de las veces no compran nada:—ésta, á decir la verdad, es una de sus ocupaciones favoritas.

Una noche, y no sé en qué estacion, porque allí no conoce mas que la primavera eterna, — un jóven caballero, montado en un brioso corcel, atravesaba al galope la Plaza de Lima. De repente oyóse la campana de la Catedral tocar el *Ave Maria*. La conversacion de los transeúntes cesó al instante; toda clase de trabajo fué suspendido como por encanto y no se oyó mas que el murmullo de millar de bocas recitando la *oracion* en voz baja. El caballero se habia parado á ésta solemne señal y hasta habia sacado respetuosamente el sombrero; pero su caballo impacientaba y escarceaba de derecha á izquierda, escandalizando al pueblo, que manifestaba su descontento con movimientos de cabeza, al mismo tiempo que susurraba el *Ave Maria*.

Cuando los cordoneros y escribanos volvieron, éstos garabatear en sus papeles y aquellos á hacer dar vueltas á sus ruedas, algunas palabras ágras para el jóven caballero resonaban á su alrededor.

—Es un inglés, decía uno.

—Y por lo tanto un herege, observaba otro.

Estas palabras, pronunciadas con mas emoción cólera, causaron no obstante cierto embarazo al caballero.

Los grupos mas cercanos á él se apercibieron de esto; creció el atrevimiento y dejáronse oír algunos silbidos.

—Desde cuando, gritó al mismo tiempo una voz entre la del *Portal de los Botoneros*, — se vé á los *hijos de pais* insultar á un extranjero?... ¿Un inglés, un herege, decís?... — Yo os declaro que os engaÑais. — Esten es tan católico como vosotros y como yo: Don Pao, por mi honor, no tiene de inglés mas que el aire y el rubio de su cabello.— *Y say*, teniente Patrick?

A estas palabras, el caballero que ya se alejaba ale, temiendo pisar á los transeúntes, que se daban prisa á hacer calle al caballo, volvió la cabeza y encoila la mano que le tendía amigablemente aquel cuya se habia alzado en su favor. Este personaje llevaba un sombrero de los *Basilios*, órden religiosa del paí el manto negro con el cuello bordado de azul de los niños españoles.

(Continuara)

La semana

Amables y hermosas lectoras de *El Indiscreto* empezar la tarea de daros cuenta del movimiento de la semana transcurrida, es deseo un sin fin de todos. (Esta frase me la ha facilitado un antiguo cronista que tiene estereotipada y la usa todos los dias).

¿Saben vds. lo que me propongo hacer de aqui adelante que se me ha confiado en este ameno periódico?
¿No?

Solo un ruido monótono. El del agua al caer y el de los transeuntes que al caminar por la calle producian ese ruido que hacen los botines húmedos sobre las veredas en igual estado.

Esto es todo lo ocurrido el día viérnes.

Sábado: Cesó la lluvia y

Nació en Oriente un Sol esplendoroso

Las calles se secaron, pero apesar de todo, durante el día no ocurrió novedad.

Por la noche, otro suceso en Solis con *Donne Curiose* y..... nada mas.

¿Estén vds. satisfechos del ensayo?

¿Si? Pues yo tambien y desde ya me pongo en guardia para obtener datos para la semana que empieza.

Hasta entonces, saluda á los lectores de *El Indiscreto*.

Novelero.

MONTEVIDEO

(FRAGMENTO DE UN CANTO, ESCRITO POR HERACLIO C. FAJARDO, EN EL AÑO 1854)

Aquí, en la cima de una tosca peña
En cuyos flancos, murmurando baten
Del ancho Plata las pujantes ondas
Que tus orillas primorosas lamen,—

Yo vengo á contemplar, Montevideo
En esas horas en que el alba nace,
Tu posicion poética y hermosa
De que hace el Plata magestuoso alarde.

Vengo á mirarte, delicada virgen,
Entre sus linfas de cristal bañándote;
Vengo á mirar tus púdicos hechizos
Para poder en ellos inspirarme.

Oh!... Como es bello, desde tanta altura
Ciudad de mis amores, contemplarte!
Y al pronunciar el lábio:—patria mia!
Sentir de orgullo el corazon llenarse.

Y contemplar tus bellos edificios,
Donde se albergan terrenales ángeles,
Cual tú, tesoros de bondad y gracia
Y encantadores como tú, al bañarte.

Como es bello mirar tus alrededores
Todos cubiertos de lozanos árboles,
Que tu cándida frente semi ocultan
Como á blanca paloma en el ramaje.

Y descollar del centro de ti misma,
Cual imponente, colosal gigante,
El templo del Señor, que allí fundára
Tu religioso pueblo, heroico y grande.

Y ver surcar las ondas de tu rio
Por barquichuelos y arrogantes naves,
Que hacen por ellas resbalar sus quillas
Tomando rumbo con gentil donaire.

Y ver á tu derecha, magestuoso
Aquel gigante de granito alzarse,
Que simboliza tu grandeza heroica
Y es de tu escudo primitiva parte.

Oh!... todo en canto por doquier te presta...
Pareces una perla de los mares,
Destinada á brillar en la diadema
De una nacion esplendorosa y grande

Pareces el principio de una senda
Que lleva al centro de encantado valle,
Donde soñó el poeta un paraíso
Hallar de eternos goces inefables.

Pareces un pimpollo peregrino
Que el soplo inquieto de favonio abre,
Para brindar riquisimos perfumes
Que el alma prenden con celeste enlace!...

H. C. F.

¡GUERRA AL PUF!

Los noticieros han abierto campaña cruda contra el puf.

Pero esta cruzada es universal, en Australia, en California, en los periódicos de Paris y de Madrid y en las revistas de Lóndres; teólogos, poetas, hombres políticos, radicales, unitarios, tunitarios, Whigs, toris, disidentes de todas las escuelas, pintores de todos los matices, partidarios de Watteau, discipulos de David, copistas de Boucher, legisladores, anotadores, neoplatónicos, neocristianos neovolterianos, neotheurgistas, servidores de mesas que hablan y de armarios que vaticinan lo porvenir, filósofos, positivistas, místicos, supernaturalistas, fusionistas y soldados de la fé *vintrasiána*—una soberbia religion flamante—todos estan de acuerdo sobre un punto, y es que las mujeres van hace algunos años horriblemente vestidas causando desagrado el verlas, siendo peligrosas para acercarse á ellas, dificiles en su transporte, de locomocion casi imposible, y muy costosas á los maridos.

Y aunque esto se lo repiten mil tonos, ellas hacen oídos de mercader, y siguen impávidas siendo cada vez más vastas, más monumentales y más deproporcionadas.

¡Su paso si su ademán las declaran diosas! *Incessu patent dea*. Todas las lenguas antiguas y modernas, todos los pueblos, todas las clases de la sociedad se levantan en masa contra la inmensidad de las faldas, las anatematizan y forman coro, aconsejando y mandando á las damas que se moderen un poco y se reduzcan á proporciones mas humanas.

Tanto caso hacen ellas de las sátiras como de los estadistas de los Estados-Unidos, que con auxilio de sus doctas columnas y de guarismos bien alineados, les demuestran que tanto por la muselina, tanto por el miriñaque, tanto por el almidon, tanto por las ballenas, tanto por el alambre, tanto por las flores artificiales, tanto por la cera que adhiere las palabras del monumento y el bramante que sostiene las bóvedas y asegura los contrapesos,—sin cortar el hierro, el laton, la plata, el acero, las perlas, la

porcelana, los minerales arrancados de la tierra y las plumas arrancadas de las aves, y sin contar los vellones hilados, la seda devanada y convertida en tejido, el trabajo de los artistas, el gasto de los marineros y el flete de los buques—les demuestran, repetimos, que todo este componen un total formidable.

Ellas contestan á los estadistas y criticos: "Si nos encontráis feas, vosotros nos parecéis horribles. ¿Qué diremos de vuestras piernas encarceladas en feo paño negro ó gris, y que terminan por ridiculas botas de cuero que barnizais? ¿qué de ese feo instrumento llamado sombrero que nada protege y para nada sirve, que se parece á un tubo de estufa ó á un mueble de cocina, que os martiriza la cabeza, os deja sobre la frente una huella casi sangrienta y destruye la elegancia del cabello? ¿Qué diremos de la curiosa invención de vuestra levita ó frac que os cubre á medias, que nunca sienta bien, y que haria inútil vuestro chaleco si este no fuera más que otro fragmento de tela mal cortada y más inútil aun? ¿Y el conjunto? Miraos un momento! ¡qué absurdo es! ¡qué estirado, angosto, incómodo, caro, feo, desairado y complicado! Ofende á la vista, repugna á la razon. Además, habeis hallado el medio de no estar cómodo ni á gusto en ninguna estación, pues vuestro traje, frio en invierno y caliente en verano, no os abriga, ni os adorna, ni os cubre ni os dura mucho. ¡Y qué gracia teneis al quejaros de nuestros trajes!"

Ellas contestan de ese modo y se rien de nuestros pantalones, de nuestros chaquesitos currutacos, de nuestros sombreros que parecen potitos de chichería, de nuestros sempiternos barros, verdaderos tarros de ciruelas chilenas, y cada día se fruncen más.

Hacen bien.



TEATRO SOLIS
HOY
LE DONNE CURIOSE
TEATRO SAN FELIPE
NUEVAMENTE
El Trovador

